# A RAINER MARIA RILKE, EN SU ETERNA CASA DE CAMPO

CÓMO se agita el viento en este monte,
cómo suena aquí arriba, sobre el lecho
de tu cuerpo llovido, en esta tierra,
camposanto de hojas, removida,
donde este aliento vivo te traslada
hasta los montes altos de la nieve!

Solo, pulverizado, te prosigues,
te contestas, te explicas,
semilla que los vientos siembran en la montaña
y la muerte recrea en las cosas nuevas,
en esta planta viva, en estas hojas
que nacen de la tierra de tu cuerpo.

Tu ser en todo. El ser buscado por tus manos
llenas de soledad y de abandono
en el París del duelo y la tristeza,
corazón sin reposo que esperaba
el hotel presentido de la muerte,
la eterna casa de los ventisqueros
que ahora lanzan tu cuerpo por el aire.

Con la tierra que pesa sobre el cuerpo,
aireado en el campo como el polen,
trigo que se convierte en otras cosas,
has sembrado la paz de las montañas,
la ribera de plata de este valle,
las hojas de los álamos que mueven
su luz entre las cosas que perduran.

Amigo, viejo amigo, ¡cómo suena
la vida en estos campos fecundados,
donde todo se escucha reviviendo!
¡Qué viento explicativo que no oyes,
batiendo tu sepulcro y mezclando en los aires
tus preguntas con estas
contestaciones de la tierra viva!

Metamorfoseado en este libro
de la pobreza pura y de la muerte,
la soledad del campo distribuye
con tu vida calcárea y refundida
semillas a los árboles, al río,
a las nieves del monte y a los chopos,
que a tus altas moradas
llenan de explicaciones, de respuestas.
Desde el valle, en Rarogne, sube el ruido
del ganado, del campo de las viñas,
de la gente que habla la lengua que tú hablaste.
Olores suben de lo preguntado,
de la pregunta ilimitada, eterna,
que en los retiros vivos de tu angustia
por la muerte de siempre interrogaba.

Casi toda mi vida, viejo amigo,
tú ya polvo en el aire, me pregunto
los secretos de muerte, los secretos
de la vida que sigue.
Y la respuesta
viene con este viento de tu mundo,
con las hojas nacidas de tu cuerpo,
con ángeles que traen, como tus ángeles,
la esencia de la vida eternizada.

Rarogne (Valais, Suiza).

*GABRIEL GARCÍA-GILL*